

ABRIL, Juan Carlos, *El habitante de su palabra. La poesía de José Manuel Caballero Bonald (1952-2015)*, Madrid: Visor, colección Biblioteca Filológica Hispana, 2018, 460 páginas.

FRANCISCO JAVIER DíEZ DE REVENGA
Universidad de Murcia

A José Manuel Caballero Bonald lo considera el profesor Juan Carlos Abril, al frente de este completo estudio sobre su poesía, «el habitante de su palabra», y es muy cierto que a lo largo de las casi quinientas páginas de este ensayo se demuestra la importancia que la palabra ha tenido para el poeta de Jerez de la Frontera, sobre todo porque en este libro podemos advertir con claridad la evolución de esa palabra a lo largo de los años y de los libros. Estructurado el estudio como una detenida inmersión cronológica en la obra de Caballero Bonald, Juan Carlos Abril penetra en cada uno de los capítulos en las distintas estancias de esta larga y fructífera trayectoria poética, una de las más sólidas y bien construidas de toda la literatura española del siglo XX y del siglo XXI en poesía.

Luis García Montero, al frente del libro, incluye unas palabras que revelan la seriedad del trabajo que nos presenta Juan Carlos Abril, ya que señala que el análisis que realiza en este volumen «supone un exhaustivo recorrido por la poética bonaldiana.

Investiga un corpus bibliográfico de más de seis décadas, con la aportación de documentos desconocidos o inéditos, para desgranar el mundo del poeta. Se actualizan así los estudios en torno a su obra a partir de una lectura discursiva basada en una pormenorizada reflexión. Diestro en las estrategias de la teoría, el autor navega por la noción de dialogía bajtiniana, la semántica estructural greimasiana y una personal cartografía mitocrítica alrededor de Argónida, que se completa con un característico giro metapoético al que se ha desembocado desde la lingüística cognitiva. Y todo ello en el contexto de los debates estéticos, críticos, sociohistóricos y generacionales de la poesía contemporánea en lengua española». Las palabras del maestro nos conducen en efecto a un estudio de una gran validez sobre todo porque nos permite recorrer de nuevo la obra de un gran poeta español, ese escritor intermitente, como él mismo poeta se definió, lo que sin duda revela una gran salud mental y literaria, porque en realidad conforme fue creando magníficos libros poéticos, hubo



también expresivos y representativos silencios cronológicos. Si se recuerdan las fechas de publicación de sus libros poéticos, es posible advertir cómo esta poesía ha ido apareciendo y de hecho ha ido escribiéndose: *Las adivinaciones* (1952), *Memorias de poco tiempo* (1954), *Anteo* (1956), *Las horas muertas* (1959), *Pliegos de cordel* (1963), *Descrédito del héroe* (1977), *Laberinto de Fortuna* (1984) y *Diario de Argónida* (1997). Juan Carlos Abril justifica en cada uno de los capítulos del libro las razones por las que esta poesía de Caballero Bonald se ha ido produciendo así y de esta forma ha ido apareciendo ante los lectores.

Perteneciente cronológicamente a la generación de los Cincuenta (Luis García Montero prefiere denominarlo «protagonista en la renovación lírica de la Segunda Generación de Posguerra»), Caballero Bonald siempre ha caminado por senderos propios, sin estar sujeto en momento alguno a consignas de un tiempo ni a inspiraciones dictadas desde una situación social, aunque él mismo, luchador por la libertad y disconforme con tantas formas de ser y de pensar, ha establecido su propia censura del mundo, perfectamente advertible en sus libros de los años cincuenta y sesenta, en los que otros alientos vitales han situado el lugar histórico de Caballero Bonald en el devenir literario,

sobre todo, la memoria y la convivencia, la presencia del individuo en el mundo y su asombro ante la realidad junto a un lenguaje riguroso en su perfección, efectivo en su significado y elegante y sutil en su construcción.

Pero acaso lo más valioso de este excelente poeta es que, con la medida que ya conocemos, con su rigor expresivo, ha seguido produciendo hasta, como él mismo nos dice con palabras manriqueñas, «el arrabal de senectud», una poesía de alto compromiso estético y moral. No hay nada más que leer sus tres volúmenes, distanciados en el tiempo por decenas de años. En *Descrédito del héroe* se revive la hondura moral de tiempos remotos para sentirlos en el presente y hacerlos funcionar como exponente ético y estético; mientras que en *Laberinto de Fortuna*, obra imprescindible del poema en prosa en las letras contemporáneas, confluyen análisis del mundo y del tiempo, bajo el dominio absoluto y perenne del símbolo laberíntico heredado del poeta prerrenacentista Juan de Mena, estímulo para nuestro poeta en la perfección lingüística, en la exactitud formal, una de sus obsesiones mantenidas a lo largo del tiempo.

Pero quizá donde la desnudez expresiva y la riqueza lingüística se hacen más convincentes y efectivas es en



Diario de Argónida, vinculado al signo del tiempo (presente en la intención diarística) y a un paisaje concreto, el de Argónida (El Coto de Doñana), donde el poeta sitúa sus análisis de la memoria y del recuerdo, sus ansiedades ante el paso del tiempo, ante el sentido y el valor de la lectura, de los libros, de la palabra poética y de su significado, mientras que las visiones asombradas y absortas de los grandes espectáculos paisajísticos y el recuerdo del espacio habitual, fortifica su alta moral para entender el mundo que le rodea. Quizá su trabajo como escritor se pueda resumir en una de las frases más certeras y felices que se pueden leer en las letras españolas de los últimos cien años: «la literatura se parece a una carta / que el escritor se manda sin cesar a sí mismo».

La mantenida indagación del estilo y de la lengua, la alta reflexión moral, la ansiedad por recuperar la memoria del tiempo ido y, sobre todo, el análisis del mundo a la única soledad de la conciencia, dan a esta poesía, en su conjunto, la medida de su valor ante la historia, en la que Caballero Bonald debe comparecer como poeta que ha evolucionado con el tiempo y ha alcanzado una mayor profundidad intelectual en sus últimos libros, en los que su poesía ha querido decir «toda la magnitud mudable de la vida».

Cuando en 2005 aparece su *Manual de infractores*, muy significativo, se reaviva su poesía ética y satírica, análisis del mundo y de la vida, desde la perspectiva del habitante disconforme, que detesta tanta falsedad, tanta inversión de principios, tanta máscara, tanta mentira. La sátira, en el sentido clásico del término, como subgénero lírico hoy en desuso, tiene en este volumen, tan disconforme, sus señas de identidad, su significado, su sentido para una regeneración de un mundo corrupto. Porque la clasicidad latina es la que marca desde el principio el sentido de un libro que aparece encabezado con unos versos indelebles de Virgilio: «Parcere subjectis et debellare superbos»: Perdonar a los que se sometan y dominar a los soberbios (*Eneida*, VI, 853).

Con el título de *La noche no tiene paredes* (2009) Caballero Bonald continuó el espíritu de su poemario anterior, y en este libro reencontramos, en efecto, al Caballero Bonald desobediente, rebelde, beligerante, agresivo contra la torpeza y el conformismo, pero también lleno de dudas ante la vida y su transcurso, ante la edad, ante el mundo, contemplado desde la atalaya de la senectud, en donde, aun así, se encuentra con el gozo de haber llegado. Compuesto el libro de un centenar de composiciones, perfectamente cohesionadas, desgrana



en todas y cada una de ellas reflexiones sobre vida y muerte, sobre creencias y descreencias, sobre lo que se ha conseguido y sobre lo que se duda en lograr. En esta poesía, pensamiento y duda se entrelazan para escrutar un mundo ante el que el poeta, impenitente rebelde, se subleva una y otra vez frente a la mentira, frente a los engaños del adulator, frente a los enemigos de siempre, para mostrar ante la falaz e inútil certeza su permanente facultad para dudar...

«La noche no tiene paredes», dice el poeta, remodelando el dicho popular de que entre el día y la noche no hay pared, con que se incitaba al trabajo constante e indetenible. Entra el poeta en esa noche sin paredes, en su cámara inmensa, en su hondonada de humo, porque en ella convergen las libertades más difíciles, que le conducen al gozo y a la celebración de seguir viviendo, y de haber vivido mucho, como se dice en otro poema, responsabilizando a los recuerdos de la permanencia de esos retazos de vida que se mantienen sobre el tiempo en la memoria. Abril advierte un claro tono testamentario, de revisión de lo hecho y de propuesta de relectura de todo su itinerario poético.

Con *Entreguerras* o *De la naturaleza de las cosas* (2012) constituido

por un solo poema escrito en largos versículos, sin rima ni metro y sin ningún signo de puntuación salvo las interrogaciones y exclamaciones constituye una memoria última de la vida de Caballero Bonald, una autobiografía poética sujeta tan sólo al libre fluir de los recuerdos, en los que entra de todo, hasta la pura ficción, pero donde hay, más aún, vida y acontecimientos nunca olvidados. Por eso es posible advertir que algunos capítulos concentran tiempos y espacios de esa biografía, que Abril considera reflejo de la gran originalidad de una poesía que es torrencial o fluvial, que surge de la realidad y se va transformando para dar sentido a las experiencias de toda una vida.

Desaprendizajes, aparecido en 2015, es un libro compuesto por noventa y un poemas en prosa que se enfrentan de forma muy contundente e incluso agresiva a nuestro mundo contemporáneo invadido por las torpezas, con la sana intención de que el lector se desprovea de todo lo que la historia le ha legado, desaprenda todo lo recibido y sea capaz, por imposible que parezca, de afrontar la realidad y entenderla con una nueva perspectiva y con un nuevo lenguaje.

Se configura *Desaprendizajes* en una serie de estancias poemáticas extensas que son advertencias para



entender el mundo y la vida desde la perspectiva de los años transcurridos, con lo que vemos integrarse en sus contenidos aspectos muy agudamente observados de la realidad civil, social e incluso cultural. Un tono paródico, en ocasiones sarcástico, es el adecuado para analizar muy incisivamente cuantos aspectos de la existencia han confundido al autor y pueden confundir al lector. El propósito de borrar lo que forma parte de la heredad habitual es el procedimiento adecuado para disponerse a entender la realidad de una forma nueva y permitir así corregir errores seculares, esas que el autor denomina las erratas de la historia.

Juan Carlos Abril destaca en todo momento las cualidades que él va analizando y que definen muy bien la obra de Caballero Bonald y que se acentúan en los últimos libros: «la palabra se basta por sí sola junto a un punto de inconformismo y de crítica feroz y tenaz de quien no va a comulgar con el *establishment* del capitalismo tardío y con los sectores más conservadores de una sociedad consumista que homologa conciencias y hace *tabula rasa* de las individualidades». En realidad, como señala Abril, se trata de una puesta a punto de las obsesiones de siempre y de las necesidades expresivas de alguien que ya se desenvuelve sin

mordazas y escribe lo que quiere escribir: «Únicamente soy mi libertad / y mis palabras», escribe el poeta, y cuando llega el momento de la memoria y el recuento surge el poeta insumiso e insobornable para dejar constancia de su libertad.

Ha plasmado Juan Carlos Abril en este libro de forma definitiva el valor de la poesía de Caballero Bonald y su originalidad en el panorama de la lírica de los últimos sesenta y cuatro años, entre 1952 y 2015, largo periodo en el que esa poesía intermitente ha ido forjando un universo literario e intelectual que Abril descubre, sitúa y analiza con sumo cuidado para mostrar los numerosos hallazgos de que esta poesía está tan bien nutrida.

Su trabajo ha sido detenido y reflexivo y hay que destacar también en él el respeto y la consideración que han merecido para él los estudiosos que le han precedido en el encuentro y en la valoración de la poesía de Caballero Bonald, lo que se pone de relieve en los contrastes de opiniones que ofrece y en las aportaciones que se recogen de otros investigadores. Una muy amplia bibliografía final confirma la seriedad y el rigor de este excelente estudio sobre la poesía de «el habitante de su palabra».



